

## La ironía se dice de muchas maneras

VICENTE RAGA ROSALENY\*  
(Universidad de Valencia)

La ironía es un concepto, pero tiene una historia y todo su trayecto ha de tenerse en cuenta al hablar de ella, por eso parece tan lábil. Parece, he dicho, que no «es»; de hecho, mi preocupación constante durante todo el decurso de mi artículo será la de reseñar aquellas caracterizaciones que, como un cauce, van recogiendo en su seno el río innumerable de las mudables definiciones de la ironía, sus múltiples nombres. Pues aunque las definiciones hayan ido variando con el tiempo, añadiéndose, eso sí, al bagaje semántico del concepto de ironía, sus caracterizaciones flexibles permanecen, dibujando en el espacio irónico una figura dual. La ironía es semántica y es pragmática, ambos rasgos ordenan las múltiples definiciones irónicas, en mayor o menor medida. Así pues, la ironía semántica se encontraría cerca de una concepción antifrástica, mecanismo retórico simple que suele asociarse a una palabra o período sintáctico breve y que opera mediante la inversión del significado o sentido «real», «intencional», de la frase o palabra, en el significado literal. Tendría así ésta un carácter referencial, bien refiera a una intención o a un contenido del mundo. Su modelo será el de la relación de correspondencia con una realidad extralingüística. La pragmática, por otra parte, se concebiría como parte de un proceso comunicativo amplio, comprendida en términos meta-referenciales y articulada como mecanismo de corrección de las normas de comunicación en que reposa el sentido de un lenguaje entendido como forma de vida.

Sea como sea, y aunque en mi artículo tenderé a valorar más positivamente la ironía en su caracterización pragmática, conviene no olvidar que ambos rasgos están siempre presentes y no sólo eso, sino que las mismas sombras que planean sobre la caracterización semántica de la ironía están, de otro modo, presentes como una posibilidad de la ironía pragmática. Sin embargo, el rasgo semántico de la ironía presenta problemas, olvida soluciones, deja de lado elementos que, a mi juicio, son ampliamente relevantes para esa manifestación que posiblemente nació con el ser humano y que ahora llamamos «ironía»: ésta es una práctica discursiva social, se inserta en procesos discursivos y, con toda probabilidad, sólo sucede o acontece cuando se dan tales procesos, en el seno de determinadas comunidades discursivas, dentro de ciertas formas de vida.

Uno querría decir que siempre es claro contra quién se dirige la ironía, con qué intención, buscando qué efectos, proponiendo qué cosas. Pero no es así. Es más, aun cuando pudiésemos en algún caso apuntar a una interpretación ampliamente compartida, este acuerdo interpretativo no siempre

---

\* Departament de Metafísica i Teoria del Coneixement. Universitat de València. *Phrónesis-analytic philosophy group*. Becario de investigación FPU del Ministerio de Educación y Ciencia. Este trabajo ha sido llevado a cabo dentro del proyecto de investigación «Creencia, motivación y verdad» (BFF2003-08335-C03-01).

se da. De hecho, y eso es lo más preocupante, ni siquiera el espíritu crítico, el aire rupturista, de creación de posiciones de oposición contra algún vicio establecido en la sociedad habitualmente atribuido a la ironía, es seguro.

Quizá todos querríamos convenir con Jankélévitch en que la ironía es «demasiado moral para ser artista»,<sup>1</sup> y más aún en que, a semejanza de una cierta interpretación de la ironía socrática, ésta sería siempre un interrogante positivo. Es decir, que se encaminaría siempre a liberarnos de los errores y de los terrores, que desenmascararía siempre aquello que resulta ser un vicio social, por ejemplo. Pero no. Como el propio autor francés apunta, y en ese sentido caracterizaría yo mismo a la ironía semántica salvaje y sus intentos de doma, la ironía no sólo desvela y crítica sino que también priva, o puede privarnos de nuestras creencias. Sócrates distrae e inquieta, y una vez que lo ha despertado a uno, ya no se podrían recuperar los dones de la inconsciencia, las viejas certidumbres. Sin embargo, aún va más allá la ironía, pues por encima del impulso moral que ve en ella, por ejemplo, Jankélévitch, como opuesta a su vertiente nihilista, estaría siempre la ambigüedad que caracteriza no sólo a su vertiente semántica, sino también la pragmática. La ironía es transideológica: «nada hay intrínsecamente subversivo en el escepticismo irónico, a menudo éste es usado para reforzar actitudes establecidas. Su naturaleza (la de la ironía) es transideológica».<sup>2</sup>

Éste sería, pues, un rasgo más a tener en cuenta de la ironía, otro factor que abogaría por su indefinición y parecería sustentar una equiparación entre la caracterización semántica de la ironía y la pragmática. Sin embargo, esto no estaría tan claro, ya que en realidad sí habríamos ganado mucho al reconocer la «naturaleza» transideológica de la ironía, algo que explicaría la primacía de su interpretación pragmática: la ironía es una práctica discursiva, sucede en el intercambio lingüístico, en un proceso de comunicación, y éstos se dan en comunidades discursivas, es decir, informadas por relaciones de poder. Con nuestro descubrimiento, abrimos al riesgo semántico la vertiente pragmática del concepto de ironía, pero también moldeamos su figura más justamente: hay una dimensión social, política, de la ironía muy relevante. En eso consistió la enseñanza de Sócrates.

Pero la ironía no solo reúne, no sólo implica la cercanía de una comunidad, sino que también ha de ver y mucho con la distancia. Distancia del arranque pasional, del discurso directo, del arrebato que esclaviza a la razón.<sup>3</sup> Pero también distancia del irónico respecto del ironizado. Como bellamente dice, de nuevo, Jankélévitch, la ironía es «el arte de rozar».<sup>4</sup> Esto, que por una parte puede indicar superficialidad, frialdad, elitista relación con el otro, que es mantenido a distancia, también tiene su polo positivo: la distancia de las pasiones aclara la visión, en lugar de estar atrapado por la obsesión momentánea o permanente del sentimiento, la ironía es capaz de abrir los ojos, hacer que ambos, lector e irónico, se vuelvan mucho más atentos a la realidad que nos rodea.

Esto, que podríamos denominar el «filo evaluativo de la ironía», constituye para Hutcheon, y también para mí, uno de los rasgos que dan su entidad propia a la ironía, casi cabría decir, la forma peculiar de su caracterización pragmática, frente a muchos otros recursos. Pero éste es un filo doble, o mejor, puede ser un filo afilado o embotado, o más bien, embotador. La ironía en tanto que dotada de un filo evaluativo se dirige a provocar respuestas afectivas en los otros, en sus víctimas y en sus espectadores o audiencias, en la comunidad discursiva al completo o en una parte.

1 Jankélévitch, 1982: 11.

2 Hutcheon, 1994: 10, la traducción es mía.

3 Ballart, 2003: 14.

4 Jankélévitch, 1982: 30.

Evidentemente que su complejidad semántica, su ser un modo de discurso indirecto, dificulta su interpretación, complica los modelos de comunicación intersubjetiva existentes. Las relaciones plurales y dinámicas que establece la ironía en el seno de la comunidad discursiva arruinan cualquier intento de dar cuenta de una ironía como estrategia de traducción del sentido «real», tras la apariencia desnuda de las palabras pretendidamente irónicas. Pero esto no significa que no sea posible determinar nada, que se deba caer de nuevo del lado de la indecidibilidad más radical, y en suma del nihilismo, aunque tal riesgo existe. Sin embargo, como revela la caracterización pragmática de la ironía, es posible distinguir entre el filo afilado de la crítica y el embotado de la colaboración con los poderes fácticos y la explotación del otro. Para decirlo en términos estéticos, y siguiendo a Simone de Beauvoir,<sup>5</sup> cabría hablar, por un lado, de la problemática alianza que puede darse en diversas obras artísticas entre belleza y horror. Y añadiría yo que por ese lado está, pues, la proclividad de ciertas obras de arte, de cierta ironía literaria a un esteticismo cómplice del silencio, instrumento de los que desearían mantener oculto el mundo en ruinas que despunta en las experiencias de las víctimas, para poder seguir dañándolas o, simplemente, para apartar lejos de sus conciencias el miedo, la culpa y la vergüenza.

Y, por otro lado, estaría la ironía en la que incide Thomas Mann, en sus *Consideraciones de un apolítico*:

Y sin embargo es esto lo que hace al arte tan digno de ser amado y ejercitado, es esta maravillosa contradicción de que sea o pueda ser a la vez deleite y tribunal condenatorio, prez y loor de la vida mediante su placentera imitación y aniquilación crítico-moral de la vida, lo que hace que obre suscitando placer en la misma medida en que despierta la conciencia. (...) Aquí está el origen de la ironía...<sup>6</sup>

Ésta es, pues, una ironía en la que se entrelaza arte y crítica, evaluación y juicio hacia la propia vida, de tipo crítico-moral, muy semejante al polo positivo que hemos expuesto al tratar de la ironía en sentido pragmático. Pero una cuidadosa lectura ha de indicarnos algo más.

Según se desprende de las propias palabras de Mann, la ironía, frente a nuestra caracterización, antes que política sería asunto de religión. ¿Qué quiere decir el novelista y teórico alemán? No es fácil, de nuevo, elucidarlo; después de todo, Mann no sólo menciona y trata a la ironía en sus ensayos y en sus novelas, sino que también ironiza como rasgo de estilo y juega con barajas múltiples, cumpliendo ese rasgo de la ambigüedad de la ironía del que ya hemos tratado.<sup>7</sup>

Sin embargo, quizá el contraste crítico que realiza Mann con los panfletos del artista fascista D'Annunzio<sup>8</sup> sirva de llave explicativa. Frente al uso del arte en política, de un modo directo pero pensado para tergiversar, manipular y ocultar, esto es, al servicio de la estetización política anteriormente mencionada como primera perspectiva de la ironía, estaría esta segunda ironía, la de Mann.<sup>9</sup> Ésta última, frente al torpedo de la mentira, que sólo produce torpor, entumecería para

5 Lanzmann, 2003: 10.

6 Mann, 1978: 582.

7 *La montaña mágica*, de la que obtuve una cita para el inicio de mi ensayo que ha guiado buena parte de mi investigación, es un buen ejemplo de ello.

8 Mann, 1978: 588s.

9 Vale la pena puntualizar que para Mann lo político tiene que ver con la acción, los ideales, el propósito de cambiar el mundo, el progreso, etc. Y todo esto se opone a lo religioso entendido en el sentido preciso que da Mann al término, muy cercano a otra noción que aparece en muchos otros pasajes de las *Consideraciones de un apolítico*, esto es, a lo poético, a lo artístico, de lo cual forma parte la ironía como rasgo de una mente libre.

desentumecer, desorientaría para luego echar un cable, que cada uno podría coger o no, dependiendo de su pericia.<sup>10</sup>

La ironía, pues, pese a su complejidad, tiene un doble filo. Puede desarrollar una estrategia de caballo de Troya<sup>11</sup> para desesperación de quienes intentan con engaño y fuerza sojuzgar a los demás. Pero también puede ser una aliada de quienes pretenden exactamente eso, explotar y sojuzgar al otro. Y este doble filo de la ironía nacería precisamente de su condición social, comunicativa, de su carácter político.

Durante mucho tiempo se ha interpretado la ironía, de ello da testimonio principalmente la caracterización semántica, desde una perspectiva que podríamos llamar del emisor, desde el punto de vista del irónico. Por eso se hablaría de su intención, del sentido oculto de sus palabras, como si los receptores fueran meros receptáculos vacíos y pasivos, y de ahí procederían gran parte de los problemas que hemos presentado ligados a la ironía semántica. Pero también el lector, la audiencia, el otro, interpreta, realiza inferencias semánticas y evaluativas, es activo. De hecho, la semántica de la ironía no sería separable de la pragmática, de sus contextos, condiciones de recepción y uso. Sería un error, simétrico al anterior, creer entonces que la ironía depende completamente de sus lectores, de sus intérpretes; constituiría esto una inversión de la situación anterior que mantendría su mismo esquema rígido y alejado del cuerpo viviente del lenguaje.

La ironía forma parte de procesos comunicativos, sucede en su seno y no existiría mientras tales procesos no se dieran, como algo ajeno y separado de ellos.<sup>12</sup> Y esos procesos sucederían porque hay comunidades discursivas, esto es, «todos» en los cuales acción y lenguaje se entrelazarían hasta constituir formas de vida. Todos pertenecemos a varias comunidades discursivas, cada una con sus concordancias, acuerdos, que no convenciones, en los cuales nos encontramos conviniendo y conviviendo, y que serían restrictivos y capacitantes. Esto es, nos facilitarían captar las ironías que reposan y nacen de las comunidades discursivas a las que pertenecemos, y nos dificultarían captar otras.<sup>13</sup>

Me enfrento con estas aseveraciones y con el lenguaje empleado, al menos, a dos posiciones filosóficas habituales al tratar estas cuestiones, así como a toda una rama de los estudios sobre la ironía, los estudios lingüísticos y pragma-lingüísticos o neo-retóricos sobre la ironía.

Por un lado, al hablar de comunidades discursivas, y con el conjunto de rasgos con el que vengo dibujando el proceso comunicativo en que consiste la ironía, debería ser claro que estamos oponiéndonos al modelo crítico racional deudor de una teoría de la acción comunicativa haberma-

10 Me parece importante recordar que Mann defendió, como por ejemplo también Orwell, la importancia de decir la verdad en un régimen como el nazi. Y cómo el propio Orwell, a diferencia de sus enemigos, jamás dio cuenta de una cierta verdad de un modo literal, dogmático, anulando la ironía, sino que, más bien, apuntó en sus obras a lo que no debería de ser, con un gesto de crítica social, con el filo afilado evaluativo (aunque tampoco el embotado se pudiese eliminar de sus palabras).

11 Ballart, 2003: 14, quien a su vez lo toma de Jankélévitch. Se trataría en suma de actuar y hablar pareciendo que se sigue el juego del falaz, pero minando su posición hipócrita desde el interior de la misma.

12 Curiosamente, otro rasgo de la ironía, inverso a éste, sería el que para el lector que no la capta, no habría ironía en el discurso. La ironía debería ser desvelada por alguien, no sólo por el emisor para existir (o en todo caso esto entraría dentro del ámbito del chiste privado y, quizá, de la ironía amarga, que merecería también una detallada investigación).

13 Es importante anotar, sin embargo, que éstas, las comunidades discursivas, son *fuzzy sets*, conjuntos difusos. Es decir, que una de sus características centrales sería, precisamente, su labilidad y difusividad, el hecho de que uno no está preso de una determinada comunidad discursiva, aquella en la que nace, o de un limitado conjunto de las mismas, como totalidades bien cernidas o mónadas sin ventanas, sino que los límites son borrosos y la pertenencia sería no sólo múltiple, sino también mudable, cambiante.

siana. Es decir, que frente a las pretensiones de una racionalidad universal inserta en el plexo de acción y lenguaje cotidianos, con su momento de trascendencia que sobrepasaría los contextos locales de justificación y que tendería a una comunidad ideal de discurso, oponemos el acento en la diferencia y diversidad de las comunidades discursivas.

Se podría tender al diálogo, a la comprensión intercultural, a la verdad, sin convenir en un paradigma de racionalidad universal, sin un *a priori*, que garantizara el entendimiento, como nada garantiza que la ironía será captada o que ésta no se empleará con fines de dominación. De hecho, se podría llegar a esa comprensión como ampliación de la racionalidad, en la que la ironía tendría un papel relevante.

Por otra parte, esta posición también se enfrenta al mero relativismo cultural y moral, a la denegación de normas de racionalidad y sentido, por el mero hecho de que no lo haya universal y absoluto. La ironía no necesariamente es nihilista, ni lleva a la total soledad de la incomunicación. Al contrario, abre a la comunicación vías; de hecho nace de ella. Pero, y aquí manifiesto mi objeción a las escuelas de la lingüística, frente a esas lecturas de los procesos comunicativos absolutamente ideales que nos dibujan desde la pragma-lingüística, lo cierto es que, como hemos indicado, la ironía conlleva enfrentamientos entre «nosotros» constituidos en oposición, y dentro de las propias comunidades discursivas. Poder y lenguaje, disimetría y estrategias de sometimiento están presentes en el discurso irónico; olvidar esto es dejar de lado una de las dimensiones más relevantes socialmente hablando de la ironía y a su propia constitución, que cuenta con el irónico, la víctima y los espectadores. En suma, que deja de lado la interacción social, y su correspondiente implicación de cuestiones de poder y jerarquía.

La ironía, pues, estaría inserta en procesos comunicativos, tendría rasgos pragmáticos, pero también semánticos. De estos últimos, siguiendo a Hutcheon, destacaré tres: su carácter relacional, inclusivo y diferencial.<sup>14</sup> Relacional porque opera entre significados, lo dicho y lo no dicho, y relaciona hablantes de la comunidad discursiva entre sí. Es importante tener en cuenta esto: los dos (o más) sentidos de la ironía no serían sucesivos. Esto es, no se eliminaría el uno, literal, para aparecer el otro, profundo o «real». Este esquema, que seguiría el juego antifrástico, devendría en anulación de la ironía, una vez llevado a cabo, o convertiría a ésta en un fantasma incomprensible, ya que cuando se detectase dejaría de existir. En su lugar, es importante dar cuenta de la convivencia de sentidos diversos, que no contrarios, al mismo tiempo y en un mismo espacio. La ironía supondría una tensión irresuelta, una dialéctica abierta o negativa, y en eso consistiría su potencial y su peligro, compartido por ambas caracterizaciones, semántica y pragmática.

Es inclusiva, lo que supone no tener restricciones, como sí las tiene la noción semántica estándar de la ironía, la que he denominado estrategia de doma de la ironía o versión antifrástica de la misma. En lugar de una inversión, decir una cosa y estar queriendo decir justo la contraria, la ironía en nuestra versión más amplia admitiría el significado en flujo de esa convivencia semántica de significados diversos, en tensión pero a la vez conviviendo juntos.

Además, y como dice Jankélévitch, siguiendo el esquema de nuestro primer rasgo, también aquí podríamos referirnos a la inclusividad en términos pragmáticos. Esto es, que junto con la convivencia de sentidos diversos cabría hablar de la vivencia en común que genera la ironía, o mejor de la convivencia que supone, de la socialización sobre la que se asienta y a la que podría contribuir. Jankélévitch habla de la comunidad que crea el secreto. El lenguaje que se oculta, que

---

14 Hutcheon, 1994: 57.

guarda secretos sería a la vez el lenguaje que une. Porque donde hay secretos, hay confianza, confianza, alguien es depositario de una verdad que guarda celosamente. El poder del secreto sería la complicidad que crea entre sus depositarios.<sup>15</sup> Yo diría, más bien, que donde no hay comunidad no hay ironía, que ésta sucede porque existen procesos comunicativos que descansan en comunidades discursivas.

Y lo mismo cabe decir del rasgo diferencial. Éste, en su vertiente semántica, insiste en que los dos o más significados que se traen juntos en el fenómeno irónico son simplemente diferentes y no inversos. Frente a la metáfora o, sobre todo, frente a la alegoría, con la que tantas veces se ha equiparado la ironía, ésta no apunta a las semejanzas, sino a la diferencia. La metáfora se define en términos de relaciones de semejanza, de conexiones insospechadas, la ironía en términos de diferencia. La alegoría también involucra decir una cosa y querer significar otra, pero en su caso tal decir otra cosa descansa sobre una semejanza aparente entre ambas cosas. Y esto es lo que no se da en el caso de la ironía.

En la vertiente pragmática volveríamos a decir: la ironía, al igual que une, separa, diferencia, puede ser elitista. Hay unos que saben, que han captado la ironía, son cómplices del irónico, y otros que no, o bien espectadores ingenuos o bien sus víctimas. Todo lo que incluye, a la vez excluye alguna cosa. Pero, como hemos dicho de la ironía en su rasgo diferencial, más que de una exclusión o inclusión de la ironía, más que de un carácter relacional de ésta, podríamos hablar de una exclusión o inclusión de las comunidades discursivas en las que se asienta la ironía. Son las diferentes comunidades las que hacen posible los procesos comunicativos en los que suceden las ironías. Ellas forman la base de las expectativas, asunciones y preconcepciones que conlleva ese proceso complejo de discurso que hemos denominamos ironía.

En suma, serían las comunidades discursivas, en tanto que inclusivas, exclusivas y relacionamente constituidas, las que posibilitarían la ironía. Eso es lo que permite dar cuenta de la primacía de la significación pragmática primaria que el concepto de la ironía tiene a mi juicio. Tal como la he descrito a lo largo de este artículo, la ironía en definitiva reposa en las normas de comunicación compartidas por un grupo o sociedad, a las cuales remiten para la constitución del sentido, lingüístico y vital. Es en esa memoria común, en aquello en lo que se encuentran concordando, en lo que reposa la ironía, como sucede en realidad con todo proceso de transmisión cultural. Compartir tales normas faculta para la comprensión de la misma, y no captarla es una señal de alarma, que en la lectura positiva de la ironía, cuando su filo evaluativo es afilado, debería apuntarnos críticamente, si es en el seno de una de las comunidades a las que pertenecemos donde se enuncia o realiza la ironía y nosotros no la hemos captado. Se nos estaría diciendo con ello que algo falla con nuestra pertenencia social, con nuestra manera de acordar, o con la dinámica interna de nuestra sociedad.

Desde esa perspectiva positiva, con la que me gustaría concluir este artículo, la ironía no sería dominante, explotadora, falaz, ni se abandonaría al nihilismo o al cinismo, dos de sus riesgos en la vertiente semántica, de los que ya he hablado. No, en la interpretación positiva de una ironía caracterizada primordialmente desde un punto de vista pragmático, tendría un carácter iluminador, nos devolvería al centro de nuestra conciencia con una ingenuidad menor, y pertrechados de un interés y curiosidad por el otro que antes quizá no teníamos.<sup>16</sup>

---

15 Jankélévitch, 1982: 43ss.

16 Ballart, 2003: 14.

Como decía Bergson en su brillante libro *La risa*, la ironía es un gesto de crítica social ante algo que inquieta a la sociedad.<sup>17</sup> ¿Ante qué? Ante el automatismo del gesto, de la palabra o de la acción del ser humano, que revela una rigidez de cosa inerte donde se esperaba la flexibilidad de la vida. La rigidez del gesto o de la acción que provoca la caída cómica del *clown*, sería equiparable a la rigidez de la idea fija. Eso es lo que la sociedad, que se basa en el intercambio comunicativo flexible y dinámico, a la adaptación constante a nuevas situaciones, se dedicaría a denunciar mediante la ironía.

He dicho, pues, que la ironía, en su perspectiva positiva, sería una crítica social, nos abriría los ojos, nos permitiría aclararnos, con nosotros y con el mundo. Y esto es, de nuevo, en lo que insiste Bergson, en el filo evaluativo positivo, en la vertiente moral, de moral social, de la ironía. Ésta señalaría, sin embargo, de un modo diverso a como lo hacen los moralistas al uso. Frente al dogmatismo de la doctrina fija, de la verdad definitiva, del absoluto, la ironía apuntaría siempre hacia lo que no debe ser. Bien sea fingiendo que las cosas que de hecho se dan, son como debieran ser (aunque finalmente el gesto irónico mine las cosas como son, precisamente al seguirlas tan sólo de un modo aparente), bien más directamente, describiendo las cosas de un modo diferente a como son en realidad, para acentuar la discordancia, la incongruencia entre como son las cosas y ese «cómo debieran ser» que nunca se enuncia, so pena de que la ironía desapareciese bajo el dogmatismo.

Si la ironía en suma señala, desde esta perspectiva positiva, la distracción o el olvido de sí y de los demás, la insociabilidad de una persona o situación, si se dirige a testar una parte de las normas de comunicación en que nos asentamos, se puede hablar de la ironía en términos de lucidez.

He hablado antes de la importancia de la estética en mi concepción de la ironía. De la importancia de una sabiduría de la novela para nuestra ironía pragmática. Pero de una sabiduría de la novela diversa de la que propone Rorty, de una estética atenta a la verdad y veracidad, al hilo del interés epistémico que las une. Pero entonces, si hablo de la lucidez como el rasgo central de una concepción de la ironía eminentemente pragmática, y en su interpretación más positiva, en el campo de la estética, asistimos a un *dictum* revolucionario. Tal concepción de la ironía podría llevar a un giro radical en la concepción estética de la Modernidad.<sup>18</sup>

Tradicionalmente se ha dicho que la Modernidad se inauguró con la afirmación de la autonomía de la estética. El centro del placer estético pondría fuera de lugar cualquier atisbo de conocimiento, en la caracterización kantiana del arte, o en la de Hume, que rechazaría asimismo la verdad, el conocimiento como criterios de la sensación estética. Pero entonces, ¿qué nos dice la ironía? La ironía nos devuelve, sin que esto suponga una vuelta atrás, desde la perspectiva indicada, un conocimiento en forma de duda, de capacidad de interrogar, una veracidad en tanto que virtud epistémica. La ironía supone la reclamación de un nuevo vínculo entre filosofía y literatura, a la vez que una demarcación de su diferencia. Pero, sobre todo, la ironía es, insistamos, esa lucidez estética sin la cual la vida humana sería, probablemente mucha más pobre, menos arriesgada, menos libre, y quizá, menos artística, en el sentido en el que la vida humana es una obra de arte, la más importante que podemos llevar a cabo, según tantos autores desde el maestro de Platón (de hecho quizá no

17 Bergson, 1939: 22. He modificado el texto bergsoniano, donde ponía «risa» directamente hablo de ironía, y lo mismo haré al referirme a algún pasaje donde menciona lo cómico, e incluso lo contrapone a lo irónico. Creo que su caracterización de lo cómico es perfectamente asimilable, desde una concepción más pragmática que semántica de la ironía, a esta última (aunque esto no significa que asimile la noción de «risa» a la ironía, ya que la primera es más amplia y se diferenciaría en muchos puntos de la segunda, sino tan sólo la de lo cómico bergsoniano a mi caracterización de la ironía).

18 Bozal, 1999: 103.

sea concebible una sociedad humana sin ironía, dada la interrelación de ésta con aquello en que consisten los procesos comunicativos, sociales).

La ironía es ese interrogarse, ese examinarse moralmente o ser examinado sin imposición doctrinal, o también el testar y revisar parcialmente las normas comunicativas sobre las que se asienta la propia comunidad discursiva o aquella con la que se entra en comunicación; es proponerse alternativas de sentido y revisar las propias, añadir nuevas mediante la imaginación y sanar el cuerpo social eliminando aquellas que ya no son válidas. En suma, es ese examen sin el cual la vida humana, como decía el eje de nuestras meditaciones, Sócrates, no tendría sentido; por ello, a mi juicio, sería tan necesaria.